

Bases de una ontología del hombre latinoamericano¹

Basis for an ontology of Latin American man

Néstor David Correa

Biólogo, docente investigador. Director del grupo de investigación *Escuela de Pensamiento Unilibrista*, Universidad Libre Seccional Cali e integrante del grupo de investigación *Etología y Filosofía*, Universidad del Valle.

nesticor@gmail.com.

Ricardo Barreiro Salazar

Abogado, coinvestigador de la *Escuela de Pensamiento Unilibrista*, Universidad Libre, Seccional Cali.

ricardobarreiro@msn.com.

Fecha de recepción: Julio 25 de 2011

Fecha de aceptación: Septiembre 20 de 2011

Resumen

La Ontoantropología, programa de investigación propuesto por el grupo Escuela de Pensamiento Unilibrista, se interesa por abordar de nuevo la pregunta por el ser del hombre. Primero, en sentido universal, genérico, para luego trasladarlo a las condiciones históricas de una sociedad, una cultura o un individuo. Este artículo es un esfuerzo por avanzar hacia la comprensión de nuestra realidad latinoamericana a partir de su principal categoría ontológica: el mestizaje. ¿Cuál es el destino de estos pueblos cuya inserción en la historia es el resultado no de un encuentro de culturas, sino de la imposición de una concepción del mundo extraña a sus orígenes y a sus vínculos ancestrales con la naturaleza? Esa es la pregunta cuya respuesta se ha dilatado en el tiempo a causa de la pesada carga del cristianismo y de la sumisión de nuestras élites intelectuales al pensamiento occidental. Este artículo toma como ángulo de referencia la propuesta de una nueva visión antropológica con base en una ontología, es decir, la comprensión de la acción humana y de los fenómenos sociales a partir de los componentes constitutivos de su naturaleza originaria. Luego da una ojeada al acontecimiento que produjo la inserción del continente americano en la historia del mundo occidental, y muestra los análisis de algunos pensadores que se han dado a la tarea de descifrar los aspectos más relevantes de la idiosincrasia de los pueblos que forjaron su destino en el marco difuso y contradictorio de una sicología colectiva terruña, naturalista y animista, avasallada y estropeada, ayer por una religión adversa; hoy por unas instituciones sociales y políticas jalonadas por un individualismo liberal y un ímpetu de modernización dotado de una racionalidad sin asidero en el sentido de afirmación propio de nuestras comunidades.

¹ Artículo elaborado en el marco del proyecto investigativo *Enfoque ontoantropológico del sistema normativo de la comunidad Cofán, Valle del Cauca, desde su cosmovisión*. Con la colaboración de Ingrid García y Evelyn Román, estudiantes de Derecho, investigadoras pertenecientes al Grupo de Investigación *Escuela de Pensamiento Unilibrista*. Universidad Libre, Seccional Cali.

Palabras clave

Ontoanthropology, racial blending, cosmo vision, legal order

Abstract

Ontoanthropology, a research program proposed by the Unilibrista [Libre University] School of Thought, is interested in readdressing the question of man's existence. This question is addressed, first of all, in a generic, universal sense, and then transferred to the historical conditions of a society, a culture, or an individual. This paper is an attempt to make progress towards an understanding of our reality in Latin America, based on its principal ontological category: racial blending. What is the fate of these peoples whose inclusion in history is the result, not of a meeting of cultures, but rather of the imposition of a concept of the world that was foreign to their origins and to their ancestral links with nature? This is the question whose answer has been long in coming due to the heavy burden of Christianity and the submission of our intellectual elite to Western thought. This article takes, as its point of reference, the proposal for a new anthropological vision based on ontology; in other words, an understanding of human actions and social phenomena based on the original constituents of human nature. It then examines the event that resulted in the incorporation of the American continent into the history of the Western world. It discusses the views of some thinkers who have set themselves the task of deciphering the most relevant aspects of the idiosyncrasy of peoples who forged their destiny in the hazy and contradictory framework of a collective, native, naturalistic, and animistic psychology that has been by dominated and ruined by an adverse religion in the past as well as by today's social and political institutions determined by liberal individualism and a push for modernization, endowed with rationality but lacking a sense of community-based self-assertion.

Keywords

Ontoanthropology, racial blending, cosmo vision, legal order

Una visión ontológica

Del prólogo de nuestro próximo libro *La Ontoantropología, el hombre entre la naturaleza y la historia*, extraemos los siguientes apartes. “Este libro tiene su origen en una decisión arriesgada: el intento de pensar el ser humano no desde el espíritu, sino desde el cuerpo; no desde la razón, sino desde los instintos y las emociones; no desde su capacidad de abstraer cognitivamente el mundo real, sino desde su potencialidad de sentir, de vivir y de intuir el trasfondo de la trama de la existencia. No tratar, en este caso, de comprender el ser-del-hombre desde lo que de él hace, la cultura y la carga del ambiente social, sino pretender visualizarlo desde su ancestral herencia filogenética y animal. Es decir, poner en cuestión la arraigada creencia –de la academia tradicional– de que el hombre, por ser esencialmente histórico, es un ser necesariamente antinatural.

”En resumen, el paradigma dominante en las ciencias humanas y sociales parte del principio dogmático de que no existe el individuo sino el ser-social; que el hombre no nace humano, puesto que no existe una naturaleza humana, sino que se hace humano en la intersubjetividad, en la alteridad, en el aprendizaje cultural de la comunidad; todo ello porque el humano ya no es animal, porque su acción libre está exenta de determinismos y porque se quiere creer que el ADN de nuestra especie sólo indica los rasgos fisicobiológicos y no alguna disposición mental o conductual. ¿Cómo probar que la naturaleza decidió que los genes sólo determinan los rasgos físicos y anatómicos de la especie humana y se niega a fijar también una serie de disposiciones de orden cognitivo y conductual? ¿Compartimos todos los individuos humanos tan sólo la misma morfología, una única estructura corporal y no un conjunto de tendencias de orden mental, psicológica y social? ¿No hay, pues, una naturaleza humana que disponga en sí misma de ambas cosas, lo físico y lo mental, en una única unidad corpórea?”²

De acuerdo con lo anterior, el grupo de investigación *Escuela de Pensamiento* se pregunta: ¿acaso la creación de una organización social, de unas instituciones, de unos sistemas normativos, de tecnología, de formas de producción, incluso la existencia de dioses, no son necesidades naturales? ¿No obedecen más a una exigencia de la vida que a una decisión racional y libre? ¿Será que la condición para asumir la humanidad significa romper definitivamente sus vínculos originarios con el mundo natural de donde proviene? Si dijésemos que los rituales y las producciones culturales tienen su fuente primordial en la biología y en el diseño original del cerebro a través de la evolución en el transcurso de la conversión del mono en hombre, ¿sería esto un absurdo, una herejía, un grave error? Y, para agravar más las cosas, ¿la historia no es en definitiva más que la propia naturaleza metamorfoseada en otra realidad ontológica? Esta es la discusión que la *OntoAntropología* deja abierta.

¿Dónde radica, entonces, la diferencia entre el animal-animal y el animal-hombre? Se nos dirá que la diferencia es abismal, porque aquel no tiene cultura, no crea dioses, no hace ciencia ni arte ni filosofía ni arriesga la vida por ideales superiores ni construye máquinas ni cohetes espaciales; y esto es precisamente lo que nos hace superiores. A esto respondemos lo siguiente: No somos superiores; somos solamente otra especie animal, no más. Lo que creamos es porque forzosamente lo necesitamos (o al menos así lo creemos). La organización social es una exigencia biológica dirigida a la consecución de los fines primarios de la vida. Si las otras especies no lo hacen es porque no lo necesitan; están bien como están. Creamos dioses porque nos sentimos vulnerables e impotentes ante los designios del destino o de la realidad, en tanto los otros animales están suficientemente dotados para enfrentar las exigencias del entorno, se bastan a sí mismos y no requieren ayuda sobrenatural para sobrevivir.

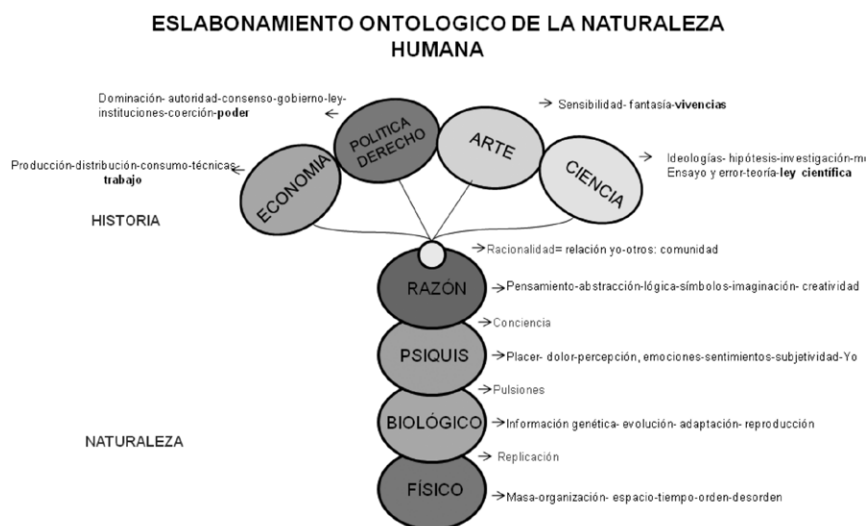
El interés por replantear de nuevo la cuestión de la naturaleza humana cobra especial importancia hoy al preguntarnos si de veras las ciencias sociales han logrado cumplir

2 Barreiro Ricardo, Correa Néstor David. *La OntoAntropología, El hombre entre la naturaleza y la historia*. Informe final de proyecto de investigación. En edición.

su propósito esencial, a saber, ofrecer un conocimiento que le permita al hombre tener un control eficaz sobre los sucesos de la realidad social y predecir las consecuencias de sus decisiones y de sus acciones en cumplimiento de los fines de la vida y de sus más caras aspiraciones en el devenir de la historia. Una antropología errada o incompleta le cierra el paso al logro de este objetivo, y el error se halla – a juicio nuestro– en una visión del ser humano que niega su índole natural, que se resiste a integrar la influencia de los factores biológicos y psíquicos y el componente irracional en su constitución ontológica.

Para corregir esta insuficiencia se hace necesario abrir una investigación que trate de comprender la especificidad de lo humano, no a partir de una esencia puesta en la razón o en la carga del ambiente sociocultural –que lo siembra en la historicidad– sino desde una etiología que asuma con entereza y sin tabúes su condición originaria animal (no hemos dejado de ser primates), es decir, a partir de los caracteres que le fueron impresos al protohombre por la naturaleza en el curso de la evolución de la materia y de la vida. En el proceso de hominización –el tránsito de mono a homo– le fueron fijados unos rasgos básicos de los que jamás logrará desprenderse, porque lo mantienen atado irrevocablemente a su remoto origen cósmico y a su hermandad con todos los seres vivos de la Tierra. Esa y no otra, es la fuente de la verdadera naturaleza humana que en el decurso de la existencia social se hace historia.

A continuación –y sólo para mayor ilustración de nuestros lectores y evaluadores– presentamos la gráfica que condensa el avance de nuestra investigación en la comprensión integral y holística del ser humano.



Antecedentes históricos

El orden jurídico y las instituciones políticas de las naciones latinoamericanas son consecuencia, en buena parte, del pensamiento occidental que tiene su fuente última en la filosofía griega. ¿Qué relación guardan estas instituciones con la naturaleza originaria de

nuestros pueblos? ¿Se adaptan verdaderamente a su idiosincrasia mestiza? Si no, ¿será esta la causa del desequilibrio, de su lento avance hacia el bienestar y de la inestabilidad de sus sistemas políticos y sociales? Ante la frustración en el logro de las aspiraciones de los pueblos de Latinoamérica se abre la perspectiva de buscar en la cosmovisión y en la relación con la naturaleza y con el otro propias de nuestros nativos, una opción alternativa de reconstrucción nacional. Se hace necesario, en consecuencia, indagar de nuevo en la naturaleza y en el ser del hombre americano partiendo de su cosmovisión más auténtica, de sus formas de organización social y de sus sistemas normativos con el propósito de establecer una crítica de fondo a la imposición de estructuras que le son extrañas, y a la vez soslayar nuevas modalidades de institucionalización y de convivencia, estas sí, más acordes con dicha cosmovisión.

A causa de las condiciones históricas (la Conquista y la Colonia) en las que se produjo el nacimiento y la formación del mestizaje en Hispanoamérica, éste adquirió una connotación sociocultural que lo dejó situado en un plano de inferioridad frente al europeo. La gesta invasora que llevó a cabo España en el siglo XVI trajo consigo no sólo procesos de aculturación y absorción de las prácticas de vida y de las formas de organización social del nativo americano, de pillaje y brutal avasallamiento con dos poderosas armas, la espada y la cruz, sino también la posesión forzada del cuerpo y de la voluntad de la mujer aborígen y del africano esclavizado, lo que dio como resultado la constitución de un nuevo ser humano en estas tierras: el mestizo, producto de tres elementos étnicos: amerindios, europeos y africanos.

Algunos autores destacan el carácter traumático de la formación del ser latinoamericano. En este sentido, podemos citar a Marquínez:

Tal como se llevó a cabo el mestizaje latinoamericano, éste fue constituido en vehículo importante de dominación y sometimiento. La conquista de nuestras tierras aparece enmarcada dentro de campañas militares acompañadas de violaciones, atropellos y otras brutalidades cometidas contra la población aborígen. Los conquistadores conseguían mujeres indígenas empleando medios violentos o pacíficos. La captura de indígenas tan sólo fue un elemento más en el proceso de esclavización general de la población nativa. Los encomenderos, por su parte, exigían criadas, las que en su gran mayoría eran tomadas como concubinas. El mestizaje aparece así como fruto de la violación, de la esclavitud o de la servidumbre.³

En síntesis, en el contexto histórico latinoamericano, el mestizaje, en cualquiera de sus variantes –mestizo, mulato, zambo, cholo– y en sus formas raciales originales (el negro y el indio) quedó culturalmente reducido a una condición discriminada y subalterna. Así, hemos sido percibidos y tratados como la periferia del mundo por las metrópolis europea y estadounidense, a modo de un estigma y de una marca histórica letal que se ha clavado como un dardo doloroso en nuestra constitución ontológica, y que nos ha puesto en una situación de dependencia tal que nos ha impedido asumir el liderazgo de nuestro propio desarrollo intelectual y socioeconómico.

3 Marquínez Argote, Germán *et al.* *El hombre latinoamericano y su mundo* Editorial Nueva América. 1981. Bogotá. Pág. 61.

De modo que, desde su origen, el ser latinoamericano ha sido puesto en una condición subalterna desdeñable. Según Pedro Agustín Díaz en su ensayo *Latinoamérica hiel y miel*, las filosofías y la lectura de la historia universal que ha hecho el pensamiento occidental dominante reducen a Latinoamérica a un significado meramente geográfico con el que se designa a un grupo de países del Tercer Mundo y diferencia la América industrial y desarrollada de la América atrasada y subdesarrollada. Incluso muchos de nuestros dirigentes políticos y algunos intelectuales aceptan resignadamente que sin la ciencia y el pensamiento occidentales no tenemos salvación; que el único camino viable hacia el progreso es el trazado por los patrones que han seguido los países europeos y los Estados Unidos.

Sin embargo, visto desde otra óptica más positiva el mestizaje ha resultado ser el rasgo esencial de nuestros pueblos. Simón Bolívar fue uno de los primeros que percibió el valor y el peso que esa combinación racial le imprimió al carácter social de nuestros pueblos latinoamericanos. En el discurso de Angostura de 1819 manifestaba:

Nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte; más bien es un compuesto de África y de América que una emanación de Europa; pues hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y su carácter.

Esta influencia proveniente de lo foráneo, situación que en el curso de los siglos siguientes a la Independencia ha aumentado en importancia. Veamos la hermosa descripción poética que hace el fallecido Mario Benedetti al referirse a la mixtura racial de nuestro origen natural-histórico:

No sólo son mestizas nuestra expresión y nuestra realidad; también lo serán nuestra búsqueda y nuestra interpretación, ya que ese mestizaje, esa impureza, ese entrevero, esa conmixción de lenguas y costumbres, esa aleación de pigmentos, ese surtido de orígenes, esa dialéctica de paisajes, ese empalme de osadías, esa ancha tumba de héroes, ese crisol de revoluciones, esa maravillosa mescolanza, esa olla podrida de identidades, ha generado con el tiempo un estilo propio, una identidad nueva, un imparable enemigo compartido, un rostro que no es de nadie en particular quizá porque es de todos, una conciencia colectiva que nos rescata de un pasado en que nos olvidamos los unos de los otros y nos lanza hacia un futuro en que acabaremos por reconocernos como astillas del mismo palo.⁴

Lo que ocurrió después de las revoluciones de independencia del siglo XIX en Latinoamérica fue que nos convertimos en una pieza útil para el engranaje de la economía industrial capitalista. Más que entrar a formar parte del sistema fuimos utilizados por él, desde la Colonia y la Neocolonia, como proveedores de metales preciosos y de materias primas. Es decir, no hemos sido *sujetos*, sino *objetos* del sistema capitalista mundial, no en un contexto de equilibrio, sino de dominación y sujeción.

De otra parte, al referirse a la ideología que se ha construido desde el *logos* europeo sobre la condición sociohistórica del hombre latinoamericano, el filósofo mexicano Leopoldo Zea explica que los conceptos de “negritud” e “indigenismo”, que expresan una toma

4 Benedetti Mario. *El recurso del Supremo Patriarca*. Editorial Nueva América, Bogotá. 1979.

de conciencia acerca de la situación de subordinación y marginalidad, tienen su origen en algo que les es común a los pueblos de África e Hispanoamérica: la dependencia. El conquistador y el colonizador parten de una supuesta superioridad racial y cultural por el hecho de no ser negros o indígenas, que se han señalado como expresión de lo subhumano. Frente a esta actitud soberbia, negritud e indigenismo significan una postura contestataria de reivindicación de la dignidad humana y recuperación del valor ontológico del ser del hombre en el contexto de la diversidad y la heterogeneidad que le son propios a nuestra especie. Al respecto Zea escribe:

La negritud y el indigenismo al ser enarbolados como banderas de reivindicación del hombre en África y América Latina invierten la connotación que el dominador ha querido darles. Negritud e indigenismo son pura y simplemente expresiones concretas del hombre. El hombre blanco ha hecho de su blanquitud una abstracción de lo humano en la que sólo él tiene cabida. El hombre de África y el hombre de América Latina, por el contrario, harán de lo que los distingue racial y culturalmente de otros hombres, el punto de partida de su semejanza con ellos. Porque ser hombre es tener piel con un determinado color, como ser hombre es formar parte de una determinada situación o circunstancia social o cultural. Lo humano no es entonces una abstracción, ni la calca de un determinado modelo físico o anímico. Ser hombre es eso, hombre dentro de una determinada situación física, social y cultural. No puede aceptarse la idea de que se es más hombre o se es menos hombre en la medida en que se posee un determinado color de piel o una determinada situación social o cultural. El hombre no es un género que se determine por la piel o la situación histórica en que se encuentre; es una realidad concreta en la que convergen la una y la otra. El hombre se va realizando día a día, dentro de una piel, con una carne, una sangre, y también dentro de un mundo físico, cultural, histórico, el mundo creado con su acción por otros hombres. Hombres tan concretos como él, plenos en posibilidades, pero también enfrentando obstáculos que han de ser vencidos.⁵

Más adelante explica este autor, que mientras el indigenismo tiene su origen en el interés de Latinoamérica por integrar este grupo social a las tareas comunes a todos los latinoamericanos, la negritud, por el contrario, es un concepto que tiene su origen en el propio hombre de raza negra. Es el color de su piel lo que le ha servido al dominador para justificar su explotación. En oposición, el hombre que afirma su negritud afirma su humanidad. El latinoamericano afirma su ser desde la mestización al igual que el hombre negro afirma la cultura desde la negritud. Se trata de expresar y reivindicar lo que hay de humano en ambos casos. Asumirse a sí mismo de este modo, implica, entonces, el derecho a asimilar los logros de otras culturas distintas de las suyas. Afirmarse como negro o como indígena, ya no para ser asimilado, sino para asimilar e incorporar. “El ser negro o el ser latinoamericano –agrega Zea– debe ser enriquecido, ampliado, nunca negado. A su vez, el otro, el blanco, el occidental, cualquier hombre, puede enriquecerse con la experiencia cultural del negro y del latinoamericano”. Porque es posible,

5 Negritud e Indigenismo En: Antropología latinoamericana.1984.

incluso, ser europeo u occidental sin dejar por ello de ser negro, indio o mestizo. Y porque el mestizaje no racial sino cultural, busca combinar la propia realidad de cada individuo, de cada pueblo, de cada etnia con las manifestaciones de la realidad de otros individuos, de otros pueblos y de otras etnias. Ese sería el ideal de la civilización: una sociedad plural, fundada sobre la variedad biológica, la diversidad racial, la diferencia de pensamientos y la heterogeneidad cultural.

Del sentimiento americano

El hombre vive su experiencia existencial según como se proyecta en el mundo. La realización de su intimidad está subordinada a su visión cósmica a los modos de su relación con el entorno, pues a través de su yo se identifica con la objetividad exterior.

Según Félix Schwartzmann, en la sicología nativa ese sentido de interioridad con el mundo se expresa en un nostálgico sentimiento de “sombrió tener que ser”, que se manifiesta en tres formas: a) como oposición entre las urgencias de la vida natural y la trascendencia espiritual; b) como frustración por el alejamiento de las motivaciones; c) como aislamiento o la visión de la soledad. Todo ello representa el ensimismamiento o estoicismo de convivencia: se acepta vivir una realidad social precaria capaz de lindar incluso con la hostilidad; o el individuo busca protegerse de la realidad en el ensimismamiento. “Entendemos por *estoicismo de convivencia* –escribe– o por *estoicismo social*, aquella actitud americana caracterizada por el hecho de acatar o resignarse ante lo trágico o mísero de la relación personal. Trátase de un comportamiento positivo, creador, cuya particularidad reside en una inversión de referencias, en virtud de la cual el hombre y la razón que rige su intimidad se juzgan como *naturaleza*, como la fuerza elemental cuya legalidad ordena el curso del acontecer social”.⁶

Situado entre una tensa expectación y un nostálgico estoicismo, el hombre americano trata de incorporarse a su mundo circundante y su soledad está signada por la avidez de aprehenderse él en sí mismo. Lo que alimenta el sentido de grupo es la posibilidad de obtener en él una respuesta a la soledad. Pero la soledad del americano es dinámica, positiva, afirmativa, trata de afirmarse a sí mismo en un ir y venir del yo a lo social mundano. Quiere expresarse sin coacción, pero como no le es posible, esta impotencia lo hace huir hacia sí. Por ejemplo, la soledad del negro lo hace alternar su impasibilidad con la movilidad de la danza o de la fuerza emocional de la música; en ese movimiento transforma su contenida violencia, el silencio y la pasividad; antes que un huir expresan su afirmación.

De otra parte y desde una óptica más historicista, el pensador mexicano José Vasconcelos en su libro *La raza cósmica*, dice que ha sido un error renegar de la tradición y de la sangre española, pues “no faltó quien negara la sangre diciendo que hubiera sido mejor que la conquista de nuestras regiones la hubiesen consumado los ingleses”. Nuestros héroes “cayeron en la pueril satisfacción de crear nacioncitas y soberanías de princi-

6 Schwartzmann, Félix. *El sentimiento trágico de lo humano en América*. Editorial Universidad de Chile. Santacruz, 1950. Pág. 129.

pado, alentados por almas que en cada cordillera veían un muro y no una cúspide”.⁷ Desoyeron a Bolívar. Si bien la geografía selvática es un obstáculo, la desunión es una actitud espiritual. No es válida hoy, reitera este autor, una exaltación “indianista”; hay que superar esa resistencia a sentirse español. Todos hemos sido españolizados, latinizados, incluso los indios; no hay retorna a la etnia ancestral. Tampoco hay blancos puros, ellos fusionaron y mezclaron los pueblos. Se pregunta, ¿por qué no procedimos los hispanoamericanos como los del Norte, que se cohesionaron? Ellos tuvieron la visión de un gran destino, de una misión histórica; destruyeron las razas mientras nosotros las asimilamos. Y este hecho plantea una gran responsabilidad, nos permite una familiaridad con el extraño, concebir un nuevo hombre, en tanto el mestizaje nos ha definido el porvenir. Por eso el designio de Latinoamérica es el de dar origen a una nueva raza en la que se funden todos los pueblos, para superar las estirpes. Es en esta fusión racial donde se encuentra el rasgo fundamental de la idiosincrasia latinoamericana. De ahí brotará “la raza definitiva, la raza síntesis, la raza integral, hecha con la sangre de todos los pueblos que la forman”.

Para Vasconcelos, la naturaleza tiene una influencia determinante en el destino de nuestros pueblos. El clima tropical es aparentemente adverso al desarrollo de la cultura, pero en ello radica su ventaja, pues las grandes civilizaciones de la historia se forjaron en condiciones adversas, venciendo el frío, la nieve y la abrupta montaña. Ese cruce sanguíneo dará lugar a un espíritu al gusto espontáneo, a la curiosidad por la belleza y la fantasía creadora, en un proceso dinámico capaz de superar el imperio de la necesidad hasta avanzar la cúspide de acciones superiores. Pero como no somos perfectos, debemos antes recorrer el camino del deber; en el cumplimiento del deber se pule el deseo, se trasciende lo meramente apetitivo, se vislumbra lo sublime y se asciende en el misterio creador del arte, que confunde la emoción con la alegría y la pasión.

En fin, por las bondades del mestizaje, hay que combatir la idea malsana de la raza única dominante. Jamás una raza se ha bastado a sí misma. Nos hemos dejado avasallar por ideologías humillantes que exaltan lo extraño y cancelan nuestra originalidad. Nos hemos creído inferiores: la rebelión de las armas no fue seguida por la rebelión de las conciencias. “Nos liberamos de la Corona española pero caímos luego en las redes de la moral sajona”. De esta debemos también liberarnos para reconstruir nuestra propia concepción del mundo, de la naturaleza y de la realidad y, conforme a ella erigir una nueva vida continental. Este es, pues, el pensamiento optimista y quimérico del pensador Vasconcelos.

Nuestros orígenes

Según el consenso mayoritario de los historiadores, el poblamiento inicial de América lo hicieron pueblos asiáticos procedentes de Siberia que llegaron por el Estrecho de Bering y se dispersaron por el continente. Esta penetración ocurrió, al parecer, en la última era glacial. Las primeras bandas migratorias tenían una cultura material rudimentaria

⁷ Vasconcelos, José 1925. *La raza cósmica*. Mexico D.F. Espasa Calpe S.A. 1948.

paralela a creencias y conocimientos y de cierta complejidad merced a su origen. Eran cazadores, recolectores y omnívoros que lograron adaptarse a las más diversas condiciones ambientales. Así, cada grupo fue creando sus propias herramientas, sus diferencias, sus tradiciones y su cultura.

Ya los primeros pobladores colombianos se sitúan con certeza en los períodos Pleistoceno y Holoceno. Los precursores estuvieron presentes en la sabana de Bogotá hace 10.500 años antes de nuestra era. “Los datos arqueológicos disponibles actualmente –escribe Reichel Dolmatoff– atestiguan que los vestigios culturales más antiguos de Colombia se ubican en la región andina. En el curso de la última década ha adquirido mayor aceptación la teoría de que los orígenes de las culturas más avanzadas de América se encuentran en el noroeste de Suramérica, o para ser más exactos, en las tierras tropicales colombianas al oeste de la cordillera Oriental y en la región costanera del actual Ecuador”.⁸ Hacia 2.000 años a. C. se observa la transición del cultivo de raíces al cultivo del maíz, lo que significa que se tenía un conocimiento del suelo, de la selección de semillas, de los ciclos de crecimiento y de la periodicidad del clima, entre otros factores, que permitía una subsistencia aldeana. La consecuencia cultural de este cambio agrícola fue el paso de una sociedad igualitaria a una sociedad jerarquizada. El cultivador de raíces no puede acumular excedentes, al contrario del agricultor de maíz quien encuentra en ventaja porque puede almacenar una buena cantidad de granos para el consumo el comercio. Al respecto dice Dolmatoff:

*Se trata de la transición de la sociedad igualitaria tribal a la sociedad jerárquica señorial. Designamos estas nuevas formas sociales con el término de cacicazgos y observamos en sus diversas manifestaciones un fenómeno cultural que se prolongó a través de varios miles de años, hasta la conquista española... El aumento de la población producido por la creciente eficacia en el aprovechamiento de los recursos ambientales, especialmente los agrícolas, llevan a una mayor complejidad social; esta complejidad se expresa en una acentuada jerarquización social, caracterizada por la desigualdad tanto de individuos como de grupos enteros. Se instituye el señorío, junto con un sistema de linajes y de prerrogativas, generalmente hereditarias; alrededor de esta jefatura surge un grupo de familias de alto rango que ejercen los controles sociales, económicos y religiosos. La gradación de rango lleva entonces al fenómeno de clanes cónicos y, a través de ellos, a las sociedades piramidales de base ancha, sobre la cual se estructura el escalonamiento, a lo largo de varios estratos, hasta culminar en la persona del cacique”.*⁹

Reitera el autor que fueron las nuevas formas económicas las que motivaron este cambio en la estructura social de los aborígenes colombianos. El principio que rige las sociedades igualitarias es la reciprocidad, mientras que en los grupos jerarquizados lo es la redistribución, no sólo del consumo, sino de los excedentes. De ese modo desaparece la antigua economía de subsistencia. Otro rasgo importante en este proceso es la diferenciación de

8 Nueva Historia de Colombia. Editorial Planeta. Barcelona. 1989. Pág. 34.

9 Obra citada. Pág. 43.

los miembros de las tribus en la realización de funciones y papeles sociales: chamanes, administradores, sacerdotes, artesanos, guerreros, comerciantes, etc.

Los documentos arqueológicos muestran que este fenómeno ocurrió sobre todo en los territorios ocupados hoy por los departamentos del Cauca, Valle, Caldas, Quindío, Risaralda y Antioquia ya que eran de regiones de gran riqueza agrícola donde se asentaron los pequeños señoríos, con una casta sacerdotal muy poderosa y avances notables en orfebrería y metalurgia, en particular de la cultura Tairona, cuya cosmovisión ha sido conservada en la actualidad por los indios kogí, y que citamos a continuación porque nos parece de suma importancia a nuestros propósitos. Nos explica Dolmatoff:

Estas comunidades nos muestran un universo formado por varios estratos horizontales superpuestos con nuestro mundo, es decir, la Sierra Nevada en el centro. Este cosmos está orientado según los cuatro puntos marcados por las salidas y puestas del sol en los solsticios, completándose el quincunce con un punto central, fijado por la posición meridional del sol en los equinoccios. Estas esquinas del mundo, así como el centro están bajo el dominio de cinco señores, y además están asociadas con animales, plantas, vientos, colores y una serie de conceptos abstractos. Este cosmos y sus componentes fueron creados por una divinidad femenina de carácter reptil, cuyos hijos son héroes culturales y fundadores de linajes sacerdotales y señoriales. El sol y la luna son divinidades que fueron creadas por la Magna Mater para establecer y mantener un orden cíclico en el mundo, según la cual la humanidad debe vivir. La observación de este orden, es decir, el ciclo de los solsticios y equinoccios, junto con la formulación de un calendario agrícola y ceremonial, quedaba a cargo de los sacerdotes, que construían sus templos y centros ceremoniales en función de estos fenómenos astronómicos y meteorológicos. El sol y la luna eran una pareja sobrenatural y tanto ellos como sus respectivos linajes sacerdotales tenían asociaciones felinas, de manera que el jaguar y el puma llegaron a simbolizar tanto la energía solar como la lluvia fertilizadora".¹⁰

Al momento de la conquista española estas comunidades tenían una población de aproximadamente medio millón de personas y ocupaban las tierras y las pendientes templadas en una extensión de 25.000 kilómetros cuadrados, y su organización estaba claramente estratificada en clases sociales. Los dirigentes heredaban el poder por descendencia matrilineal; los nobles ocupaban posiciones de privilegio, los guerreros –estamento privilegiado– defendían las fronteras y los sacerdotes estaban dedicados al culto y a sus prácticas esotéricas.

Por su parte, los muiscas habitaban los alrededores de las lagunas y en ellas los sacerdotes ofrecían sacrificios humanos al sol y las víctimas eran prisioneros de guerra. Los personajes de alta categoría eran enterrados momificados. Eran expertos en orfebrería, cerámica, textiles y tallas de piedra y madera. El nivel cultural de los muiscas se valora más por su desarrollo intelectual y espiritual que por sus construcciones materiales.

¹⁰ Obra citada. Página 57

Sus adelantos en astronomía, mitos y religión, al igual que sus templos y lagunas sagradas, revelan una complejidad ideológica y política mayor que la alcanzada por otras comunidades indígenas del país.

¿Hacia dónde va Latinoamérica?

Desde una visión similar a lo ya referido, el escritor Víctor Frankl sostiene que la modernidad tuvo la virtud de abrir las puertas al pensamiento individualista y a la prevalencia de la subjetividad, lo cual ejercería notoria influencia en la historia de la América hispana. El liberalismo es la corriente filosófica que inaugura la época moderna en Europa al tiempo que acá ocurre el cruce indoespañol. Sin embargo, una visión contraria, la orgánica totalista, se opone desde otras regiones y miradas. Dice este autor que América transformó los modelos que importó. Por ejemplo, la religiosidad se tiñó de un arraigo más profundo en lo telúrico, en un realismo mágico de las vivencias de lo sobrenatural, por una conexión más íntima entre el cielo y la tierra:

Precisamente porque el mundo hispanoamericano actual no posee una autoconciencia igualmente clara de su particularidad y de sus valores propios... parece tan importante, para la formación espiritual de la hispanoamericanidad y para la realización de su autenticidad, el darse cuenta cabalmente de la relación entre Hispanoamérica y el pensamiento filosófico europeo”.¹¹

Aquí, hombre y naturaleza, pueblo y entorno, forman una unidad indivisible. Hay en la gente del pueblo una orientación nacida de la confluencia de la sangre y del espíritu hispano-indio, con la influencia irresistible de la naturaleza salvaje, que proporciona un estilo de vida siempre presente, transtemporal y un carácter de “rigidez e inmovilidad psíquica”, con un sentimiento del tiempo muy diferente al de temporalidad occidental, más circular que lineal, porque se guía por el ritmo cíclico de lo natural.

La racionalidad cartesiana y la rígida especulación teórica no arraiga ni cuaja en este suelo ni en su gente, mediada por su íntima ligazón con el paisaje, abrazada por el sentido de lo sobrenatural y de una poderosa sociabilidad, en una triada unitaria hombre-tierra-divinidad. Dice este autor que no puede el hombre latinoamericano tomarse su autenticidad en inmanencia arrojada a su yo interior, sino, por el contrario, arrojada a la totalidad del grupo, a su tradición, a su espacio, y agitada por un impulso religioso y metafísico. A ello agregamos nosotros que tampoco nos concierne el existencialismo heideggeriano que nos sumerge en la nada y en la visión de la muerte, ni en el sartreano, que se hunde en el hastío y la apatía de una existencia proyectada en la angustia de sentirse libre. El nuestro sería un existencialismo positivo, dinámico, indiferente al finalismo racional, sostenido en una intersubjetividad más personalizada y gregaria.

Empero, las élites gobernantes de Latinoamérica se desviaron del espíritu original de sus pueblos y se propusieron imitar las formas de vida del espíritu europeo. Frankl ve en ellos “la correría detrás de la cada vez última palabra de la moda intelectual europea. La

11 Frankl, Viktor. *Espíritu y camino de Hispanoamérica*. Tomo I: *La cultura hispanoamericana y la filosofía europea*. Bogotá 1953.

tranquila vivencia del presente –que se da solamente en quienes se hallan profundamente arraigados en las grandes realidades de la tierra y de la tradición– se ha perdido; toda la existencia se extiende hacia un futuro que tiene un carácter espectral, el carácter de un espejismo, por carecer esta búsqueda del futuro del empuje poderoso de la savia que sube por las raíces profundas, extendidas hacia el pasado auténtico y hacia los cimientos telúricos de la propia existencia”. En el pueblo, por el contrario, se vive la unidad del presente con el pasado. En nuestros escritores se vislumbra la vivencia temporal de la estructura cíclica propia del ritmo de la naturaleza mestiza.

Por ejemplo, el *Martín Fierro* de José Hernández, narra la epopeya del pueblo que no comprende la nueva sociedad racionalista, la nueva organización burocrática, la impersonalización y la sistematización de las instituciones. Siente que esa civilización no es la suya; su protagonista concibe la dignidad en el interior de una comunidad que corresponda con su propia naturaleza criolla. O la obra de Cortázar, en la que sus personajes son abordados por fuerzas innominadas o están dotados de una intuición que capta detrás de las cosas otra realidad no comprensible lógicamente; o que imaginan una sociedad utópica arraigada en la comunicación y en la solidaridad. Cortázar quiere desandar los caminos en los que prevalece la oposición entre lo fantástico y lo real, para superar las dualidades lógicas y cuestionar las leyes que rigen el pensamiento occidental.

Como corolario de todo lo anterior, nos atrevemos a decir que la obra que proyecta con mayor nitidez la realidad ontológica latinoamericana es la de Gabriel García Márquez en el realismo mágico de su universo macondiano. Allí, la historia y la fantasía se funden en una misma realidad y cualquiera de ellas puede ser verdaderamente vivida (o ambas a la vez) sin que los personajes perciban si lo que viven o lo que son hace parte de la historia o de la fantasía, o si su cotidianidad se halla envuelta en hechos reales o en eventualidades irreales. La distinción entre lo falso y lo verdadero no es un problema por resolver: los dos portan elementos de legitimidad en tanto se constituyen en soporte existencial, no sólo de un individuo sino de una comunidad. Además, el fatalismo se confunde con la voluntad de los hombres, pues el destino es una poderosa fuerza metafísica que no se puede contrarrestar, de tal modo que los personajes terminan siendo aquello que les ha sido señalado por una oscura y mágica irrealdad, que saben que no pueden comprender ni contradecir.

Finalmente, queda en el vacío el interrogante acerca de lo que ocurre en el fondo del ser de nuestros pueblos al ser sometidos hoy al embate de los efectos de la modernización, del secularismo y del avance de la tecnología y los nuevos modos de comunicación, con su poderosa carga de racionalidad extraña a su naturaleza originaria. ¿Se someten pasivamente a esta sofisticada modalidad de dominación espiritual o su inconsciente colectivo planeará celosamente el estallido de su rebelión existencial?

Bibliografía

1. Benedetti Mario. *El recurso del Supremo Patriarca*. Editorial Nueva América, Bogotá. 1979.
2. Barreiro, Ricardo; Correa, Néstor David. *La Ontoantropología, el hombre entre la Naturaleza y la Historia*. Informe final de proyecto de investigación.
3. Frankl, Viktor. *Espíritu y camino de Hispanoamérica*. Tomo I: *La cultura hispanoamericana y la filosofía europea*. Bogotá 1953.
4. Marquínez Argote, Germán *et ál*. *El hombre latinoamericano y su mundo*. Bogotá. Editorial Nueva América. 1981. Pág. 61.
5. *Nueva Historia de Colombia*. Editorial Planeta. Barcelona. 1989. Pág. 34.
6. Schwartzmann, Félix. *El sentimiento trágico de lo humano en América*. Editorial Universidad de Chile. Santacruz, 1950. Pág. 129.
7. Vasconcelos, José 1925. *La raza cósmica*. Mexico D.F. Espasa Calpe S.A. 1948.
8. Zea, Leopoldo. “Negritud e indigenismo”. En: *Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, No. 89, 1979. UNAM-ESECA, México D.F. México.